

H Á B L A M E CARACAS



 **Universalia**

NÚMERO 36 ENERO - MARZO 2013

Caos y hostilidad, quizás sean las dos palabras que dominan el discurso mediático sobre la experiencia de vivir caraqueña. La ciudad capital es percibida como un espacio adueñado por la violencia: vías y calles rotas, llenas de basura; tráfico denso e insoportable; pobre y escaso servicio de transporte público; agresividad entre los habitantes, quienes en instantes pueden pasar de ser víctimas a victimarios; estas circunstancias, reales o no, ciertas o exageradas por noticias en los medios de comunicación, por rumores que corren en las redes sociales, han hecho que los caraqueños nos refugiamos en nuestra parcela particular de vida, y centremos nuestra relación con Caracas dentro de un centro comercial, el que más cerca nos quede de la casa o del trabajo. Valoramos la seguridad por encima del conocimiento de la propia ciudad, cuyos espacios públicos nos resultan inhóspitos.

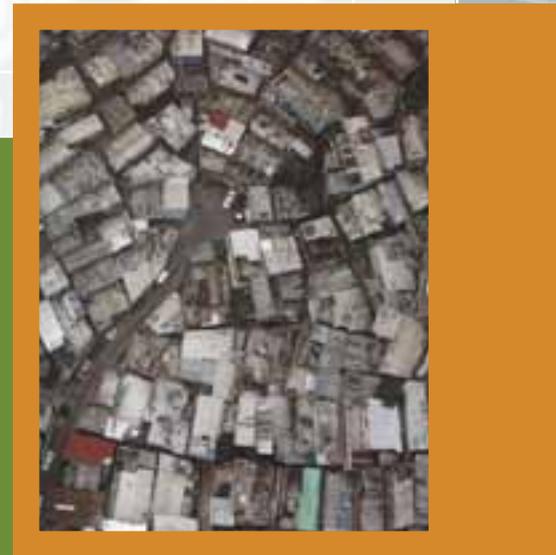
En ese sentido, los textos que componen este número de *Universalía* nos invitan a adentrarnos en un discurso que pone en entredicho lo que usualmente se dice de Caracas. Y, por eso mismo, nos estimula a experimentar la ciudad más allá del miedo y la prevención. Sin dejar de reconocer sus problemas, los autores, es-

tudiantes del curso de LLA113 (Lenguaje III), dictado por el profesor Andrés Pérez Sepúlveda durante el trimestre abril-julio 2012, nos plantean que la experiencia de vivir en la capital excede los muros de un centro comercial. Visitar un mercado, recorrer un pueblo trastocado en zona comercial, caminar por el centro de la ciudad son algunas de las experiencias que, según estos artículos, nos hacen conocer una Caracas que permanece oculta para quienes no se arriesgan a salir de su espacio de seguridad.

¿Valdrá la pena el riesgo? Los jóvenes que aquí escriben nos dicen que sí, que vale la pena irrumpir en la ciudad y caminar y pasear y vivir lo que significa habitar en una gran urbe. De lo que quizás veamos como una aventura, puede nacer un sentimiento de amor, de comprensión hacia el espacio donde somos sujetos, en el doble sentido de este término, sujetos porque en él estamos y sujetos porque en él nos constituimos como seres con derechos y deberes, con valores y principios. Vive tu ciudad, es el mandato que nos imponen estos textos. Vive tu ciudad, pon el miedo a un lado y sumérgete en la experiencia de ser sujeto en Caracas.

S u j e t o s e n C A R A C A S

Profa. María del Carmen Porras
Coordinadora del Ciclo Básico



La primera vez que conocí el miedo fue en Caracas. Mis padres acostumbraban a pasear algunos fines de semana por el bulevar de Sabana Grande (recuerdo que me encantaban sus adoquines, por eso cada vez que voy a recorrerlo no puedo dejar de mirar al suelo) con todos sus hijos. El inconveniente de siempre era mi desobediencia involuntaria. Desde niño padezco de una particular dispersión al momento de caminar y por eso me perdía. Bueno, en realidad mi madre se escondía desde algún lugar donde pudiera visualizarme hasta generar la desesperación del extraviado; escena de llanto, moco e hipo incluidos. Ese miedo, ese terror infligido por la dureza de la educación de mis progenitores, no me corrigió. Por el contrario, afianzó aún más la actitud despalmada con la cual habría de transcurrir mi infancia, además de causarme una cicatriz en la rodilla por patinar en la ducha con el suelo enjabonado, otra en la oreja por el asa de un tobo, una herida en los labios por tropezar en una escalera de metal, la pérdida de un diente de hueso por un peine que me arrojó mi hermana (la

verídico y que no intenta emular la ridícula escena de la manzana sobre la cabeza de Isaac Newton; no “descubrí” la Ley de la Gravitación Universal, simplemente me lo comí), de salas de cine de proyección alternativa, museos y galerías de arte, diversidad gastronómica, alcantarillas verticales (diseño único de la Alcaldía de Baruta, especial para atrapar a ciclistas incautos), el cerro El Ávila y la Cota Mil de los domingos, parques metropolitanos hermosos, rascacielos únicos en América Latina, seguridad vial y atención oportuna al turista, en especial si hablan inglés trinitario, etc. ¿No me creen? No están en la obligación de hacerlo, tampoco han firmado un pacto ficcional conmigo. Es decir, para mí eso es una ciudad: una mezcla de fantasía con realidad, de ilusión con despecho, de gozo con amargura, de satisfacción con desespero. Entre binomios vivimos y observamos a Caracas, mientras aprendemos a incorporar, por las buenas o las malas, la otredad. En efecto, es al otro al que quiero comprender aunque a veces se me vaya la paciencia en ello.

Caracas, ciudad (inter)subjetiva

Prof. **Andrés Pérez Sepúlveda**
Dpto. Lengua y Literatura

quiero tanto que hasta eso se lo perdono), una quemadura en el empeine por tumbar una taza de tilo que estaba en el suelo, un raspón en la cara, casi invisible, ocasionado por un gancho de colgar ropa, otra cicatriz en el mentón (esta vez ocasionada por un empujón de una prima, a esa sí que no la perdoné nunca) y paro de contar porque el lector pensará que hago una descripción del cuerpo de un recluso (o interno, depende de cuál sea su posición ante la problemática carcelaria).

Pero, a todas estas, ¿en qué iba? Decías que la primera vez que sentiste miedo en Caracas fue... ¡Ah, sí! Me parece específico contar esa experiencia porque la capital para mí responde a una dispersión, a una vida que aprendí a cultivar en mi interior y ha hecho, entre otras cosas, que obvie el riesgo, al asaltante de la camioneta, al motorizado imprudente, al pedigüño iterativo, al caos urbano que agobia tanto al habitante de esta insólita, por desconcierto y gratificación, Santiago de León de Caracas. Si bien es cierto que existen problemáticas desidiosas y una suerte de vejamen constante hacia el ciudadano, aun así no dejo de posar la mirada sobre las experiencias placenteras que obtengo por vivir acá. No puedo despreciar a una ciudad que me arroja un mango mientras realizo ciclismo a la altura de Chacaíto (hecho



El reconocimiento de la alteridad es lo que requiere Caracas. Una ciudad que responde a la coyuntura histórica por la que atraviesa el país está urgida de un discurso y gestos simbólicos que busquen subsanar la polarización que carcome y azuza, día a día, los ánimos. Intento recuperar el aliento cada vez que una persona genera un comentario despectivo sobre Caracas y sus habitantes, no puedo menos que despreciar a aquel que no hace nada por intervenir en la ciudad con el objetivo de modificarla, de hacerla más próxima y humana. Ciertamente, no volveré a vivir aquella ciudad de mi infancia (quizás el cocodrilo inmortal del Parque del Este sí lo haga), tampoco la que cuenta mi abuelo, el caraqueño antediluviano que más sabe de sus calles y avenidas. Sin embargo, me queda la esperanza, la solidaridad de los que me rodean y la curiosidad de mis alumnos de los cursos de Lengua y Literatura III, del trimestre septiembre-diciembre de 2011. En fin, me queda la satisfacción de ver que estos jóvenes contribuyen a formar una generación que no desea irse muy lejos, sino quedarse el tiempo necesario, el tiempo que cada uno de ellos perciba de esta Caracas (inter)subjetiva.

Una sociedad sometida por la publicidad, la cultura del fetichismo, políticas populistas que apoyan el desarrollo de la sectorización entre sus habitantes y la ausencia de tolerancia, justifican la violencia de Caracas y su poca creencia en la educación. Problemas tales como la inseguridad y el facilismo son aspectos que convergen en la Caracas que agoniza entre la esperanza de pocos que aún luchan y creen en una sociedad mejor, una sociedad sin miedo, con habitantes políticos y orgullosos de sentir la ciudad y lo que ella ofrece. Caracas, como su cielo nocturno, muchas veces ahogado entre la contaminación, representa en sí misma una gran diversidad de posibilidades que generalmente el habitante desprevenido no percibe. Muchas veces el exceso de iluminación en las noches impide apreciar las estrellas y el resto del universo, a pesar de nuestra posición geográfica tan propicia para ello. Aun así, Caracas es una ciudad de sueños, de aprendizajes por lo diferente y por la oportunidad de progresar en medio de la crisis.

sador y el consumismo, en donde pareciera que cada persona se debate constantemente con las tentaciones que ofrece el *marketing* y es frágil al no poseer dinero pero, a su vez, es una prueba de esperanza para cada persona que vive en ella y lucha día a día con dicha dinámica y no se cansa para encontrar razones que justifiquen las ganas de salir y seguir adelante. Sus casas marrones sobre las montañas en el día pueden apreciarse como un símbolo de esperanza, pues cada mañana las personas que allí habitan son parte de la marginalidad de la ciudad y en la noche las luces de sus casas deslumbran y consiguen confundirse con el cielo, para así representar a Caracas como la belleza natural de su espacio aéreo, en belleza y dinámica, en esperanza y libertad.

El espacio aéreo de Caracas, es decir, el cielo que podemos divisar en nuestra ciudad, posee el privilegio de contener las estrellas de la vía láctea y el resto del universo, es decir, la diversidad astronómica en sí misma nos permite observar una de las bellezas de la naturaleza, además de poder divisar tres puntos sobresalientes



El Universo de Caracas

Br. Alexander Suárez

Caracas es representada por la convergencia de millones de personas que habitan en ella, es una cultura subjetiva interpretada por su naturaleza que brilla y brota en el cielo, entre el concreto y se expande a través de cada uno de los que la habitamos. Así como el smog de los miles de automóviles que circulan día a día en las calles de Caracas, nosotros le quitamos y le ponemos vida a nuestro cielo, al brillo de las estrellas que se podría ver en muchas noches sobre nuestra ciudad. Por diversas razones hemos conquistado las montañas caraqueñas, unas llamadas colinas y otras reconocidas como cerros, ambas se confunden cada noche entre el horizonte oscuro y son observadas como estrellas que irradian su grandeza, su potencialidad y embellecen la ciudad.

Caracas es una realidad distinta de cada ciudad de Latinoamérica, de cada lugar del mundo, ella en el día representa un caos producto del ritmo del mercado aco-

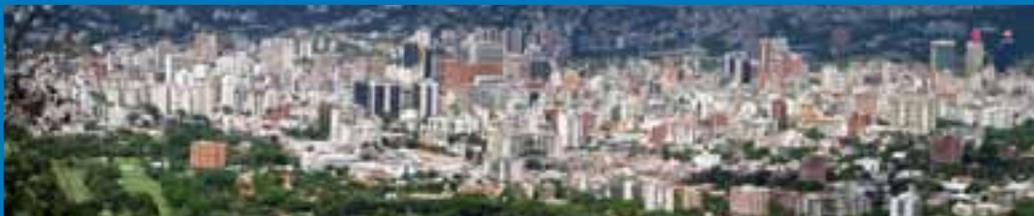
de color rojo, blanco amarillo y blanco que son los planetas Marte, Júpiter y Venus, respectivamente. El universo es un espacio aún desconocido para el hombre en muchos aspectos, la energía se transforma continuamente y se esparce con colores brillantes en él, estrellas mueren y explotan y le dan origen a otras galaxias para así continuar lo que es el ciclo desconocido del universo. Las luces de Caracas son el espejo de las estrellas que irradian sus colores sobre nosotros, pero debido a la contaminación y el ritmo agobiador de los caraqueños se hace imposible apreciar lo que Caracas representa desde el aire, es decir, un horizonte de esperanza producido por la divergencia de lo diferente y muchos modos de vida en un mismo espacio.

Caracas dejó de ser la ciudad de los techos rojos para pasar a ser la ciudad de las cifras rojas. Ya la educación pasó del plano de superación al modelo más lento para salir adelante, esto hace que muchos se sientan ajenos a su propia tierra, una

suerte de extranjeros porque lo que se vive acá no es precisamente lo que nos representa ni mucho menos lo que queremos.

Nuestra ciudad es un espacio como nuestro cielo, en él la dinámica del día a día logra alcanzar niveles de energías tan altos que el delirio entre los habitantes (o la falta de cultura y educación) hace que el facilismo se haya convertido en una filosofía de vida para muchos, a tal punto de que las balas de los barrios y las colinas brillan como las estrellas fugaces que se expanden por nuestro espacio llamado ciudad. El universo encendido no brillaría, perdería su belleza, así como Caracas lo hace al despertar y ver el producto de las hermosas estrellas fugaces de la noche que al apagarse dejan cifras escandalosas y enlutan la ciudad de una realidad que no reconocemos, así como no reconocemos lo que es nuestro cielo en sí.

Vivir en Caracas es realmente una aventura que hace que los sueños surjan sin importar que una estrella fugaz, a la velocidad de una bala, apague la experiencia de cada persona, de cada caraqueño que enfrenta la misma realidad en diferentes puntos cardinales en el cual convergen las diferencias y aquello que nos identifica como una ciudad moderna que aspira ser, de una vez por todas, parte del mundo. Como caraqueño deseo que cada persona que habita en su ciudad se convierta en un ser crítico y que entienda que la magnitud de nuestros problemas depende de la calidad de nuestras decisiones.



Finalmente, me atrevo a representar a Caracas como varios elementos de inspiración que me llevan a pensar que ella es más grande de lo que se ve, que es en gran medida lo que puede conocer el hombre como sinónimo de belleza, respeto y empatía por conquistar un lugar donde la libertad es una oportunidad de sentirse bien y, a la vez, un riesgo para la seguridad. Caracas es como volar de cabeza e ir conquistando el cielo, impone una gran diversidad de cultos y paisajes que se ve expresada en una planta que sale del concreto, cautiva como un grafiti de sentimientos en medio del río Guaire y millones de personas que trabajan. Caracas me inspira para trabajar por defender nuestra cultura pero me ahoga y no me deja apreciar un punto de encuentro con lo que no invade mi espacio, es decir, las estrellas de nuestro cielo.

“La ciudad de los techos rojos”, famoso frase del escritor Enrique Bernardo Núñez, así era conocida la ciudad de Caracas en referencia a sus casas coloniales con tejas rojas; una ciudad con las típicas características de las principales capitales europeas modernizadas, es decir, con plazas principales al centro y alcaldías e iglesias alrededor. Esa era la Caracas de antes, se podría decir, la Caracas colonial, aquella con bulevares y caminerías, con espacios totalmente públicos. Caminar por la Plaza Bolívar del centro de Caracas era todo un paseo, y uno muy agradable contaban mis abuelos, con calles limpias y despejadas, unos “buenos días”, “buenas tardes” y un “que tenga un buen día”, eran palabras que solían escucharse. Los principales atractivos eran visitar la Casa Natal del Libertador y alimentar a las palomas de la plaza al frente de esta, sin olvidar los museos y teatros. El centro de Caracas era un espacio más que nada para socializar y entretenerse.

La ciudad de los techos rojos

Br. Carla Delgado



Mis paseos por el centro de Caracas cuando tenía entre 9 y 12 años no me recordaban para nada lo que me contaban mis abuelos. Calles abarrotadas de basura, gente que en vez de caminar corría llevándose a los demás por el medio, vendedores informales que impedían el paso por las aceras, en fin, para mí el centro de Caracas era un lugar temible. Ahora bien, ya con un poco más de edad, madurez y conocimiento sobre las ciudades, se puede decir que ese cambio tan radical en el centro de Caracas se dio debido a la modernización en el país, el establecimiento de nuevas tecnologías (computadoras, teléfonos, internet), la sobrepoblación, la globalización y el consumismo, todo esto llevó a consecuencias perjudiciales a la identidad del país. Principalmente se perdieron las tradiciones culturales, como da a entender Carlos Colina, en su libro *Ciudades globales, ciudadanía y consumo cultural (El fenómeno latinoamericano y el caso venezolano)*, la presencia de nuevas tecnologías han creado un mundo virtual, en el cual las personas han aprendido a socializar sin necesidad de, digamos, tener contacto personal. A este centro de Caracas antes descrito, lo podríamos llamar, en el contexto que quiero plantear, la Caracas transitiva.



Pero, ¿por qué transitiva? Bueno, lo que intento demostrar en este texto, que en mi opinión sucede tanto en el centro de Caracas como en los municipios adyacentes, es una especie de curva en la cual se aprecia el pasado histórico de la ciudad, la decadencia de este que sería la parte transitiva y el presente. Donde identificamos al pasado histórico como lo mejor que ha experimentado el país, tanto en el aspecto social como en el cultural.

Si es la mejor etapa que ha tenido el país, entonces, ¿por qué no se mantuvo con el tiempo? De eso precisamente se trata la Caracas de ahora, una ciudad que después de mucho tiempo está intentando recuperar esos valores perdidos. Durante

Las ciudades son los centros de vida de las comunidades y están adaptadas a las necesidades de sus habitantes. Las urbes son lugares que determinan el modo de comportamiento de las personas, además proporcionan oportunidades para el desarrollo social.

El sonido de las bocinas de los automóviles, los transeúntes que se dirigen a su trabajo, las madres que pasean a sus hijos, los comerciantes y los empleados públicos, son algunos de los elementos que forman parte de las metrópolis y junto a los imponentes edificios, las transitadas calles y los bulevares, conforman un caos organizado característico de las ciudades modernas que se encuentran sometidas a constantes cambios a nivel estructural, social y tecnológico. Dentro de estas ciudades existen ciertos lugares que representan espacios de esparcimiento y son símbolos de identidad para sus habitantes, entre ellos se encuentran las bibliotecas.

Una herramienta para el progreso

Br. Daniela Hernández



mi último recorrido al centro pude notar en grandes proporciones el esfuerzo para recuperar lo perdido, los intentos por volver a esa “época dorada” con calles completamente limpias y despejadas, además de

una campaña de concientización mayormente enfocadas en mantener limpia la ciudad. Las personas ya no pasan simplemente por el centro de Caracas, ahora disfrutan el paseo, observando lo “moderno” en lo colonial. El paseo también se ve adornado por distintos personajes, en su mayoría vestidos de época, en la plaza Bolívar y sus alrededores, dando esa sensación de realizar un viaje o paseo al pasado, todo un recorrido por la historia.

La plaza San Jacinto, que se encuentra ubicada justo al frente de la Casa Natal del Libertador, ha recuperado su atractivo. Esta es una plaza donde las personas se pueden sentar a disfrutar de diferentes espectáculos culturales, o simplemente alimentar a las palomas. En su alrededores ya no hay vendedores informales impidiendo el paso. La fachada de la Casa Natal del Libertador está totalmente recuperada junto a una calle peatonal para que las personas puedan disfrutar tranquilamente.

Después de analizar la curva que se planteó podemos establecer que el centro de Caracas es un lugar muy propio de nuestra identidad, de lo que nos define. Debemos evitar que ocurra un nuevo decaimiento en este sitio por medio del reforzamiento de los valores culturales y de la conservación de nuestros espacios. Este mejoramiento que se ha venido dando en los últimos años no debe estancarse, debemos hacer del centro de Caracas el lugar de preferencia para la participación y culturización de la ciudad, manteniendo siempre los valores característicos del país.



En mi recorrido por Caracas tuve la oportunidad de observar los diferentes lugares y aspectos de la ciudad. La forma en que los ciudadanos se han acostumbrado a ella, la manera en que las distintas construcciones moldean su forma de convivir y de percibir la ciudad. Sus medios de transporte atraviesan la urbe a diario para conectar y trasladar a la sociedad trabajadora que nunca se detiene y labora en edificios que proporcionan una mezcla visual entre lo moderno y lo colonial. Uno de los edificios que capturó mi atención fue la Biblioteca Nacional de Venezuela. Ubicada en la avenida Panteón, esta biblioteca es un edificio de gran tamaño pero modesto que se mimetiza con su entorno urbano y posee aproximadamente tres millones de libros que se encuentran disponibles para cualquier usuario. Precisamente el contenido de la biblioteca cautivó mi atención, el mundo de oportunidades que se encuentra detrás de las páginas de los libros, escondido y a la espera de que la sociedad lo des-

cubra. Por lo que me pregunto, ¿cuál es el papel de las bibliotecas en la sociedad? Y ¿cómo moldea dicho papel el comportamiento de las personas dentro de su ciudad?

Las ciudades modernas, eventualmente, se vieron afectadas por el fenómeno de la globalización, este produjo transformaciones en el ámbito social, económico, cultural y tecnológico. Es un hecho que el ámbito tecnológico ha sido el más destacado en el proceso de globalización debido a la creación de las TIC's (Tecnologías de Información y Comunicación) que han cambiado la forma y la rapidez en que nos comunicamos y socializamos en la actualidad. Por ello hay quienes afirman que los medios de comunicación, principalmente el internet, han remplazado a las instituciones públicas, especialmente a la biblioteca, como fuente de información. Lo anterior, no es del todo cierto porque el hombre, animal social por excelencia, necesita de un espacio físico al que acudir en busca de información con el cual pueda sentirse identificado y a gusto, así lo afirma Jean Nouvel: "Las necesidades de alojamiento y de estar en un lugar permanecen en todos los tiempos" y, de igual forma, Sassen comenta: "No hay empresas ni sectores económicos absolutamente digitalizados". Sin embargo, no se debe dejar de lado a la tecnología como parte del funcionamiento de las bibliotecas, sino que es ideal fusionar el espacio físico con el virtual para ofrecer mejores servicios comunicativos a la sociedad. Las bibliotecas son lugares de consumo intelectual, almacenan ejemplares invaluable con todo tipo de información y representan un elemento crucial para la educación y los trabajos de investigación. Personas de cualquier edad o clase social pueden acceder gratuitamente a ellas y así obtener información en materia cultural, política, económica, científica y recreativa que, sin duda alguna, ampliará sus conocimientos. Dichos conocimientos adquiridos a través de los libros cambia significativamente la forma de pensar de la sociedad, la manera en que es percibida y cómo se identifica con ella, produciendo indudablemente una mejora en la convivencia de los ciudadanos. Mientras más personas preparadas e instruidas vivan en una ciudad mayor será el grado de desarrollo, esto sólo se logra a través del estudio y la lectura.

Por lo tanto, es imperativo que las bibliotecas se preserven en buen estado y que se le añadan elementos tecnológicos a su funcionamiento para que el público haga un buen uso de ellas y de sus libros, pues son las herramientas claves para el progreso social del imaginario urbano.



Sale el sol por el este de una ciudad trasnochada por las faenas sexuales y criminales, en una noche no muy distinta a las tantas agitadas por los sucesos que pasan a ser caldo de cultivo para las crónicas periodísticas de una extensa explanada de cemento, en la que día a día se cruzan tantas historias variopintas. Un residente constante, rodeado de su propia chivera de latones y restos inservibles de cualquier cosa que pueda servir de cobijo o protección, resulta ser el observador permanente y público de esta obra caótica movida, solitaria, vertiginosa y bulliciosa que, pese a todo, es su única forma de vida. Un séquito de perros falderos dejan su sello, delimitando su territorio en una calle ancha y dividida a lo largo de los años, espectadora constante de los desfiles carnavalescos, Reinas y Reyes Momo, la esperada lluvia de caramelos lanzados al aire de unos años de la avenida moza y hoy acompañante silencioso de afectos y detractores de un régimen decenario, la hacen tránsito serio de estas faenas no menos carnestolendas.

Crónica de la Libertador

Br. Diego Mejía



El día a día transcurre entre trances y momentos, escasos espacios de tiempo, donde todo fluye y deja tiempo al alivio para caminar, recorrer y pasar de un lado a otro de esa gran avenida. Sólo sesenta segundos para ver transcurrir un espectáculo de malabaristas, sopladores de fuego, acróbatas y otros no tan talentosos, carismáticos y entretenedores como los mendigos, mujeres cargadas con niños que padecen de una jornada de calor, hambre y sueño buscando un bocado de comida.

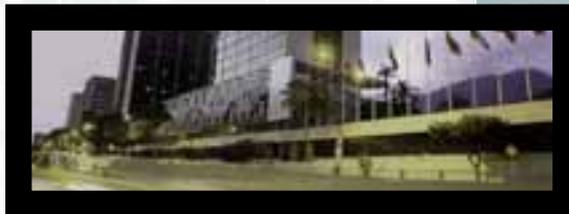
Las agujas del reloj marcan las doce, culmina la mañana y anuncia la mitad del día, se intensifica el sol y arrecia con su calor toda la actividad callejera. Sube el estrés laboral del día a día, mensajeros, vendedores de café, locales informales y una prudente cantidad de médicos con sus batas blancas transitando por las pasarelas que conectan las calles para ahorrar tiempo y facilitar el destino. Una variedad gastronómica rápida y simple se ofrece para la suspensión momentánea de labores y otra horda de gente puebla a esa hora las calles, bien para comer un *panini* italiano

o un tradicional y venezolano cachito, para así continuar con sus respectivas actividades, y preparar la llegada del fin del día laboral marcado por el sol en el poniente y la marcha de retorno hacia sus hogares.

Al anochecer se muestra la cara oculta de la Av. Libertador con la lenta aparición de un mundo femenino, y otro que no lo es tanto, imitándolas a ellas, mezclándose entre sí y ofreciendo un servicio para calmar las necesidades y atenuar las pasiones de hombres y mujeres insatisfechos, así como un espectáculo erótico de placer para aquellos que transitan esa vía a tales horas. Comienza la aparición de unos que otros funcionarios, quienes más que cumplir con sus funciones buscan un beneficio económico en actividades poco lícitas, para permitir la libre actividad de estas “trabajadoras sociales”. A medida que transcurre el tiempo, se suman otros actores a este espectáculo nocturno. Los delincuentes, los vagabundos que deambulan sin rumbo definido, así como el camión de la basura, quien anuncia la realización de su labor con el pitido intermitente que lo caracteriza y a algunos les perturba el sueño.

La parte inferior de la avenida es prácticamente inaccesible al transeúnte, exceptuando algunas paradas de autobús con escaleras que conectan a la parte superior de la avenida. Tienen lugar a diario y en ambos sentidos, lentos o veloces (dependiendo del flujo del tráfico) simbólicos cruces: de lo pre-moderno a lo moderno; de lo rural a lo urbano; de la exaltación nacionalista de lo local a la disolución internacional de fronteras culturales; del deseo de una ciudad formal a la realidad de la ciudad informal; de la idea de nación construida a partir de los ideales republicanos de la Ilustración a la estructura semi-feudal de la hacienda del caudillo.

Jugando un notorio papel en la configuración de nuestro país y de nuestra ciudad capital como polarizador, murales cubren sus paredes de hormigón, dramatizando la confrontación entre lo moderno y lo pre-moderno, haciendo de estos muros emblemas de



los conflictos ideológicos que caracterizan la situación política actual en el país. Este río de concreto intercepta dos municipios de la ciudad capital, el Municipio Libertador y el Municipio Chacao. El primero de ellos contiene a la ciudad antigua y el centro, el segundo es parte de la expansión de la ciudad transformando lo que antiguamente fueron haciendas cafetaleras en urbanizaciones residenciales. En el centro virtual de la avenida se encuentra la única frontera clara y visiblemente demarcada de la ciudad, un límite remarcado ahora por el hecho de que cada uno de los municipios está gobernado por lados opuestos de nuestro convulsionado paisaje político.

Una Avenida que bien pudiera ser emblemática, como una *Champs Elysées* en París, una Gran Vía en Madrid, una 9 de Julio en Buenos Aires, una *Vittorio Emanuele II* en Roma, quizá, menos espléndida, menos luminosa, pero no menos *vedette*, o menos histórica y pintoresca.

La ciudad de Caracas –vista desde un mapa– aparenta ser pequeña, y su extensión en metros lo demuestra. Sin embargo, una cosa es lo que se ve desde afuera y otra lo que se vive dentro de la urbe. Vivir en una ciudad relativamente modernizada implica estar rodeado de lo que la modernidad significa: edificios imponentes, estilos arquitectónicos variados y de renombre, comercios exhibiendo sus mercancías tras vidrieras incitando a la *flanería* de la que habló Julio Ramos, entre otros aspectos.

M i c i u d a d n o e s i g u a l q u e l a t u y a

Br. Edgar Silva



En fin, a lo que quiero llegar es que una ciudad físicamente pequeña como Caracas pero con una noción de modernidad es mayor y más importante que cualquier otra ciudad enorme pero sin un toque de esa magia que hace grande a una urbe, sin un toque de esa globalización de la que hablaba el ar-



gentino Néstor García Canclini; sin la llamada modernidad. Precisamente, el antropólogo argentino ofreció una visión bastante acertada de lo que es una ciudad latinoamericana moderna en su obra *La globalización imaginada* (1999). Allí describió “los requisitos”, o más bien las características necesarias, para figurar como una ciudad moderna, entre las cuales resalta la globalización que ya mencioné. Esa globalización transforma a las urbes en “*no lugares*”, es decir, ciudades compuestas por fragmentos diversos provenientes de las relaciones locales, nacionales y transnacionales.

Caracas posee esa característica de ciudad global. Los diferentes estilos arquitectónicos, corrientes de pensamiento y razas que convergen en ella lo demuestran fácilmente, lo cual implica a su vez que vivimos en un “no lugar”. Esa ha sido una afirmación que, ciertamente, es sencilla de hacer para cualquier habitante de la capital venezolana con alguna noción sobre el tema.

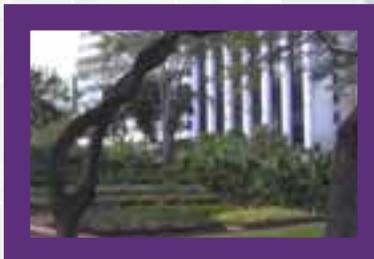
Existen muchos lugares que pueden ser detallados y analizados con gran profundidad dentro del territorio caraqueño pero hay un caso en particular que atrajo mi atención totalmente; hablo específicamente sobre la comunidad que vive en el pueblo de El Hatillo, ubicado en el Municipio El Hatillo correspondiente a uno de los cinco municipios que componen a Caracas. ¿Un pueblo dentro de una ciudad? ¿Es eso posible? ¿Contradigo lo que expliqué antes? Pues sí, existe un pueblo dentro de las delimitaciones de Caracas y precisamente expresa el asunto de la modernidad en gran medida, lo deja clarísimo; es la representación explícita de un “no lugar”.

En un principio esa área fue un pueblo y los registros históricos esclarecen ese punto. Posteriormente inició un proceso de evolución del territorio perteneciente al municipio El Hatillo en sí, pero el casco central –que es donde ubicamos el pueblo– se mantuvo con su aspecto provinciano: conservó sus casas de un piso con grandes ventanas, techos de tejas y acabados que recuerdan los diversos poblados de nuestro país. Sin embargo, la modernidad fue “invadiendo” poco a poco los humildes espacios del pueblo hatillano, aunque sus habitantes más tradicionales se resistían a ello pues poseían –de hecho aún poseen– una idiosincrasia muy marcada con lo que consideran su hogar.

El zarpazo de la modernidad –con el paso del tiempo– convirtió al pueblo de El Hatillo en una especie de parque temático que exhibía los rasgos de la arquitectura local, aspectos generalmente insólitos para los habitantes de las demás partes de la ciudad. Aprovechando ese hecho se desarrolló una estrategia económica en el lugar: construyeron restaurantes y tiendas de diversos tipos, las cuales atrajeron, atraen y atraerán al público visitante. Con esto, otro acto de modernidad se hace presente en el pueblo hatillano; ser turista en tu ciudad, es decir, flanear. Todo lo hecho en el pueblo cuando se va al plano arquitectónico se regía, obviamente, por el aspecto descuidado, humilde y antiguo que se debía conservar para exhibirlo a los otros caraqueños, exceptuando algunas estructuras que rompen con la apariencia añeja del lugar y responden directamente a la globalización que describe García Canclini.

La fusión entre la modernidad y el aspecto anticuado del pueblo de El Hatillo es algo que salta a la vista. Es llamativo mirar una casa con una gran ventana que responde a la apariencia de pueblo que se intenta transmitir y justo al lado de dicha ventana un cajero electrónico. Resulta que esa “casa de pueblo” es una entidad financiera –una sede de Corp Banca–, así como resulta que esa librería, generalmente de grandes dimensiones y siempre presente en centros comerciales, conocida por todos como “Las Novedades”, es representada por una pequeña estructura blanca, con su respectivo techo tejado y un modesto letrero de letras doradas.

Todo lo anterior es, cuando menos, curioso. Sin embargo, hay algo aún más curioso, quizás el punto más importante



que tocaré; me refiero a la identidad de los sujetos urbanos. El pueblo de El Hatillo no pasó a convertirse en un centro comercial sino que mantuvo sus áreas residenciales. Los habitantes de dicho lugar se sienten identificados con lo que los rodea, para ellos la ciudad es ese espacio en el que se encuentran pero para mí es bastante raro identificarme con sitios como este. La ruptura existente entre lo que identifica a unos y a otros es evidente; definitivamente mi ciudad –la ciudad que vivo– no es la misma que la ciudad vivida por un hatillano; mi ciudad no es igual a la suya.

Los habitantes del pueblo hatillano pueden hasta sentirse modernos con lo que tienen y el estilo de vida que han desarrollado; al recorrer el centro comercial Paseo El Hatillo su espíritu moderno debe aflorar en su máxima expresión, o cuando van a “Las Novedades” a comprar un libro. Ellos viven su ciudad de esa manera, así como yo vivo la mía a mi manera. Son dos formas diferentes de convivir con la ciudad que vienen dadas por la identidad de cada quien y por los aspectos que han compuesto sus historias personales.

Esa clase de diferencias no están mal, pero en Caracas se observan varios núcleos poblacionales que dividen a la ciudad en varias ciudades. La experiencia urbana de un núcleo difiere notoriamente de las experiencias de todos los demás, lo cual no es un pecado hasta que inicia un proceso de segregación mutua. Cada núcleo discrimina al otro por una u otra razón, todo eso crea un ambiente enrarecido y conflictivo entre los habitantes de la ciudad. Los núcleos de los que hablo suelen mantenerse en un lugar específico, el cual determina su “rango de acción” y además fijan una manera de pensar en las personas que lo componen. Esas barreras se rompen al recorrer cada uno de los rincones de la ciudad, al conocer a las demás personas, al vivir verdadera y completamente *nuestra* Caracas.



Cuando ya no hay barreras discriminatorias entre los sujetos urbanos, la diversidad –además de los necesarios y obligatorios aspectos económicos, arquitectónicos y políticos–, es lo que engrandece a una ciudad, es lo que le da ese toque mágico a las urbes contemporáneas. Es esa diversidad lo que la modernidad conlleva, es algo intrínseco a ella y lo que nos hace –como decía José Martí– “poseedores de lo hermoso”.

La modernidad es un proceso que se comienza a vivir en el mundo a partir del siglo XVI, sobre todo por querer desligarse de las creencias y del pensamiento medieval que, dentro de sus principales postulados, ponía a Dios en el centro de todo. Así comienzan a surgir diversos pensadores y teorías que contrariaban o, simplemente, no aceptaban la idea de un Ser Superior, más bien ponían todo el interés en el ser humano, el cual, a partir de su razón era capaz de progresar y realizar lo que se propusiera por sus propios medios. Es así como se comienza a hablar de la razón instrumental que, contraria a la razón contemplativa, la cual se refería a que todo podía ser conocido a través de la matemática, es decir que todo podía ser entendido en lenguaje binario, lo instrumental sólo hace énfasis en el valor operativo del proceso, le permite al hombre controlar y dominar, saber el costo y el beneficio de las acciones.

El mercado de Quinta Crespo y la modernidad caraqueña

Br. Giovanni Núñez



La razón acapara todos los ámbitos y así va dejando de lado lo mítico, lo ilusorio y lo misterioso, cerrándole toda cabida en el conocimiento, por tanto todo se vuelve racional, y es a raíz de esto que Max Weber menciona su idea de que el hombre, a partir del proceso de la modernidad, se habría desencantado del mundo. Con esto también surge la idea del progreso ilimitado, es decir, que el hombre a través de la tecnología jamás agotaría las posibilidades de progresar e ir creando cosas.

A partir de las ideas ilustradas las personas fueron creando una autoconciencia que no existía anteriormente. El hombre se va volviendo cada vez más consciente de sí mismo y de sus capacidades para crear cosas nuevas. Va confiando cada vez más

de sus capacidades debido a todo el descubrimiento científico producido.

A pesar de todas estas cosas, que podríamos denominar como positivas, la modernidad va ocasionando una idea de consumo desmesurado y un desligamiento del imaginario nacional. Las sociedades a favor del progreso eliminan sus tradiciones y órdenes ya establecidas, debido a que la nueva identidad está atada a los objetos materiales que se adquieren.

En la sociedad de consumo se hace constante la insatisfacción. Los productos pasan rápidamente de moda, se denigran y se devalúan, generando la necesidad de adquirir unos más novedosos. Sin esa frustración la demanda de los consumidores podría agotarse rápidamente. Para ello la industria del consumo tiene que recurrir a un sinfín de “estrategias mercadológicas” basadas generalmente en el engaño para que este tipo de sociedad siga funcionando. Así nuestros estilos de vida que conforman parte de nuestra identidad están marcados por los productos que los medios nos presentan como ideales para llevar el estilo de vida más adecuado a nuestra “personalidad” e “identidad”. Pero no todos tienen acceso a adquirir una identidad, la cual está determinada por la amplitud de las tarjetas de crédito. Como lo diría Karl Marx, se ha ido sustituyendo poco a poco las relaciones personales feudales por el nexo del dinero.

Una de las estrategias a las que recurre la industria del consumo para su beneficio es la creación de líneas de supermercados. Estos supermercados suelen ser acondicionados con cómodas estanterías llenas variados productos, de diversas clases y variedades, bien organizados por secciones. En estos mercados se colocan una determinada cantidad de cajas registradoras las cuales acostumbran estar en línea, una al lado de la otra, ubicadas a la salida del supermercado. Estas cajas registradoras son atendidas por empleados que solo se limitan a cobrar el producto que desea adquirir el comprador. En estos mercados no se observa una mínima porción de cultura; y es que, cómo podría agregarse a nuestro imaginario nacional algo tan mecánico, tan frío y desolado, tan preciso en lograr el fin que se propone: atraer mediante la comodidad un gran número

de consumidores que se adaptan cada vez más a la modernidad.

Todo esto sobre el “supermercado” es apoyado en hechos vívidos de quien ha estudiado y analizado grandes obras sobre la modernidad y la globalización, de sendos personajes como Néstor García Canclini y Carlos Colina. Y es que en mis contados años de vida he tenido la oportunidad de darme cuenta de la vertiginosidad con que avanza la modernidad, la tecnología de la mano del consumismo y del capitalis-

mo. Cómo se ha ido olvidando lo que de verdad nos identifica con nuestra historia y nuestro lugar de origen. He tenido la oportunidad de vivir tanto en un pueblo lleno de grandes culturas como en una ciudad llena de grandes tecnologías y modernidad. En mis pocos meses de estadía en la ciudad de Caracas he recorrido cuanto rincón me ha sido posible, desde sectores organizados como lo son La Florida y El Bosque hasta pequeños barrios ubicados en la Cota 905, Carapita y Las Adjuntas. Hace pocos días tuve la oportunidad de tropezarme con el mercado de Quinta Crespo, ubicado en la Av. Baralt de la parroquia San Juan. Apenas entré en el mercado sentí un consuelo hogareño que había extrañado desde hace ya muchos meses. Dicho sitio me permitía recordar el viejo mercado que aún se conserva en El Tigre, “El Mercado Municipal Del Tigre”. Hasta entonces no había visto un lugar tan cierto y lleno de tanta cultura como aquel mercado; sólo había presenciado grandes obras arquitectónicas sin personas que las admiraran y hermosas plazas desoladas. En un pueblo como el “mío” esto habría sido inconcebible e insólito, en donde las plazas suelen estar casi siempre llenas de vida, personas mayores jugando por la mañana ajedrez y dominó junto a jóvenes paseando en las tardes, personas admirando antiguas estructuras como los silos del paseo “La Bandera”, que alguna vez formaron parte del gran potencial de producción de maní que poseía el pueblo.

La generosidad de la gente en un mercado local es muy grata ya que los vendedores suelen ser los dueños de los negocios, por lo tanto se ven casi obligados a simpatizar con sus compradores para que ellos se vean atraídos a comprar nuevamente en el sitio. Y eso no es todo, el ambiente se ahoga en un sinfín de diversas personalidades y olores, que parecieran referenciarte casi con los ojos cerrados en donde te encuentras ubicado. Allí fácilmente se logra concebir una buena cultura y una auténtica identidad. En cambio, en un supermercado el trato a los consumidores por parte de los que solo cobran los productos es casi indiferente, esto es debido a que ellos son ajenos a lo que comprenden o dejen de comprar los clientes, ya que su sueldo será el mismo al final de la quincena o al final del mes.

Esto es, pues, un elogio a los mercados de siempre. A mercados como el de Quinta Crespo. Allí la diversidad es mayor, la oferta variada, se puede escoger entre diversos productores. Se pueden conseguir productos realmente frescos. Creo que un mercado produce más puestos de trabajo que un supermercado. Además, un mercado es un mundo cultural rico en sí mismo que tiene un valor más allá de lo económico. Los mercados son museos de la gastronomía que muestran lo mejor de la cultura culinaria local en una manera en la que los supermercados y los *fast food* nunca podrían capturar. Ellos no requieren pagar entrada y bullen con los quehaceres de la vida cotidiana. Ellos ofrecen la mejor manera de sumergirse y probar, en sentido literal y figurativo, otras cul-



turas. En suma, los mercados son otro atractivo turístico que hay que saber potenciar. En general, a lo que voy es que la idea de que los supermercados son esencialmente mejores a los mercados es parte de ideologías más amplias, que han logrado establecer como verdad que el enriquecimiento de algunas pocas empresas significa en el mediano plazo el progreso para todos. Tal y como la crisis mundial actual demuestra, lo anterior no es cierto. En Caracas existen lugares de recreación cultural o estructuras con principios históricos que se podrían fácilmente ligar a un buen imaginario nacional, sin embargo lo único que logra asociar a esta ciudad moderna con un poco de cultura original es un mercado como el de Quinta Crespo, ya que los demás sitios parecieran no llamar la atención, ellos se encuentran la mayor parte del tiempo desprovisto de personas. Y la razón de que ocurra esto es que el mercado local es un gancho para las personas que se han sometido al consumismo y que sin querer, al asistir a estos mercados, están produciendo un imaginario nacional verdadero que prevalece sobre cualquier identidad moderna que va de la mano con un imaginario global.

Que el capitalismo globalizado ataca las diversas culturas que se encuentra en su camino es algo que ya se había sentido. Y esto es doloroso. El capital traga culturas, sí; así lo podría confirmar cualquiera que paseara por las calles caraqueñas, porque la ciudad vive en estos días la muerte en vida de la cultura de su pueblo. No obstante, mientras el pueblo tigrense es capaz de identificar claramente a su invasor, que

pretende apoderarse de la riqueza natural de su tierra, la ciudad caraqueña apenas se siente amenazada; y es que hace tiempo que olvidó su pasado, su pasado como pueblo, llegando hoy en día incluso a renegar de él. Hace tiempo que se olvidó que la tierra es de quien la trabaja. Como todos sabemos, nadie es más inocente, dócil e inofensivo que aquel que no recuerda su pasado.

Todas aquellas personas que contienen la sabiduría que les ha heredado el vivir el día a día en los campos, las veredas, los desiertos, las montañas, las costas, las selvas, las islas, los palafitos, los bohíos, las tribus, los pueblos y otros más; todos construyen comunidad. Y si en algún momento se les nombró como “bárbaros”, “salvajes”, “atrasados” o “incivilizados, fue porque no se acercaron a su palabra, a su memoria, a su historia. A la sabiduría de esta gente que no la obtienen en una universidad sino de la experiencia de vivir y sobrevivir cada día, de compartir y transmitir todo un conjunto de conocimiento y memoria en comunidad, a partir de la palabra hablada, en ese aprender a escuchar la voz del otro.

Es cómico pensar que en un simple recorrido se puedan experimentar muchos fenómenos y, sin saber, sin pensar, nos encontramos rodeados de elementos que han generado y generan en las personas sentimientos y emociones de tal magnitud que son capaces de permanecer grabados por siempre en su memoria. Así en la inmensa ciudad cada habitante es partícipe de fenómenos de identidad, de percepción, de sociedad, que apreciamos al recorrer lugares de entretenimiento público. Lugares que han sido recorridos por miles de personas, espacios que reservan más de un vínculo, más de una anécdota y más de una historia.

Encontrarse en la Ciudad

Br. Humberto I. Itriago B.

En esta época donde las tecnologías de comunicación predominan en el día a día de las personas es muy fácil sentirse parte de la ciudad, cuando en realidad se puede estar inconsciente de la influencia de la información recibida y, ciegamente, creamos percepciones de la ciudad que no nos permiten re-



lacionarnos con ella, debido a esto nos aislamos en un espacio que se considera seguro por el hecho de ser conocido. De manera que es muy fácil encontrarse limitado por aquellos espacios que son familiares (porque se recorren en un régimen habitual) y estar en constante rechazo a explorar más allá por distintas razones provenientes de la percepción negativa generada por los medios, como por ejemplo la inseguridad que, a pesar de ser un hecho real, su efecto está severamente magnificado por su recurrencia en los medios de comunicación.



Por esto vemos que para algunas personas recorrer la ciudad significa visitar los centros de consumo: son víctimas del consumo irracional generado en estos lugares que no responden a una dinámica de identificación ciudadana, conocer estos sitios no genera ningún tipo de identidad, visitar estos espacios es refugiarse de las calles, escapar de la ciudad, atentando contra el consumo cultural e intelectual, incluso contra la ciudad la cual debe ser espacio público.

Descubrir Caracas puede que sea una de las mejores experiencias para estas personas que viven limitados en su percepción. Como muestra un botón, en una visita reciente a la Plaza de los Museos en Bellas Artes encontré muchos elementos que no solo llamaron mi atención. De cierta manera logré identificarme con ellos, no me sentí extraviado, ni fuera de lugar en ningún punto del recorrido, no hubo diferencia con respecto a los recorridos que realizo en las calles de la zona en la que habito.

Desde el momento en que me encontraba en camino a la Plaza de los Museos, en los vagones del metro de Caracas, encontré el más pequeño de los elementos que realmente me tranquilizó cuando se detuvo la maquinaria en el túnel por un breve momento, y fue la música clásica que sonaba en el fondo (estilo de música que generalmente escucho), me hizo sentir en casa.



Curiosamente, en el Museo de Ciencias se encontraba una exposición acerca de la biodiversidad, como estudiante de la Licenciatura en Biología evidentemente me sentí atraído a explorar el museo, pero lo que realmente llamó mi atención fue un señor con su nieto visitando el museo, el niño le hacía diferentes preguntas a su abuelo y este con gusto respondía a sus dudas. No solo niños pueden disfrutar de estas actividades. Más adelante en el Museo de Bellas Artes me encontraría con una pareja visitando una exposición sobre Tutankamón, y en ambos museos me encontraría con diferentes personas que realizaban lecturas de libros, periódicos, incluso una madre con su hija simplemente admirando el paisaje exhibido.

Precisamente esta es la razón por la cual estos lugares se encuentran en la ciudad. Más que estructuras que abarcan una exhibición cultural, informativa y educativa son los lugares que hacen de la ciudad un lugar de encuentro, de entretenimiento para todos los miembros de la familia, para hacer de estas visitas al espacio público una tradición y disfrutar de ellas sin ningún tipo de vínculo comercial.

Analizando los fenómenos de identidad que encontramos en la metrópolis, vemos que la importancia de todos los elementos permiten formar vínculos más estrechos con ella, sin importar qué tan pequeños o simples estos puedan ser. Aunque las tecnologías de comunicación nos permitan, como instrumentos, ampliar nuestra

percepción de lo urbano, es necesario experimentar la ciudad, no huir de ella, sino más bien encontrar aquellos elementos que nos permitan identificarnos



y desenvolvemos completamente en el ámbito urbano, encontrarnos en la ciudad.

El ideal de las ciudades latinoamericanas está representado en aquel espacio en el que la comunidad (como ciudadanos) se muestre interesada e identificada con el consumo cultural, intelectual y artístico que ofrecen las metrópolis. Esto, a su vez, potencia la capacidad del habitante de una urbe en el proceso de participación, tanto en el ámbito personal como en el familiar.



Con todo el inevitable estrés de nuestras vidas, la situación de nuestro país y el constante encierro en el que vivimos, a la mayoría de los caraqueños actualmente a veces se nos olvida que existen sitios donde podemos disfrutar y apreciar nuestra ciudad, sin necesidad de pagar ni encerrarnos en algún centro comercial o residencia. Lo digo por experiencia, soy de los que frecuenta el cine, los centros comerciales y las casas de mis amigos y debido a esto he dejado de conocer mi ciudad y de disfrutarla como lo que es. La vida urbana es un aspecto indispensable para cualquier ciudadano, y con vida urbana me refiero a formar parte de la ciudad, y no de manejar el carro con los vidrios cerrados en el camino a la oficina o la universidad. La vida se vuelve monótona si nos limitamos a esta rutina. Hay que disfrutar y conocer los espacios abiertos de la ciudad que nos permiten escapar de nuestra rutina diaria a un mundo distinto, un mundo en el que somos verdaderos ciudadanos. Mi visita al pueblo de El Hatillo me hizo darme cuenta de esto.

Una visita al pueblo de El Hatillo

Br. Jorge Marcano



Al llegar al pueblo fui directo a la plaza Bolívar desde donde comenzaría a pasear por el resto del lugar. El ambiente de la plaza es el claro ejemplo de que no es necesario consumir ni gastar para poder disfrutar de nuestra ciudad. La gente sentada, niños jugando y, para mi suerte, una señora en el centro de la plaza haciendo una especie de espectáculo para todos los que ahí se encontraban, con juegos, trucos de magia y demás. Podemos observar que no es necesario estar encerrados en un centro comercial para divertirnos o relajarnos; más aún, en estos establecimientos se nos obliga a consumir para poder sentarnos y relajarnos; la plaza proporciona

esto gratis, y además nos incorpora en el ámbito urbano y permite disfrutar la ciudad estando dentro de ella.

Al cruzar la calle que bordea el pueblo se encuentra la Iglesia, con una fachada antigua y decorada con flores por el exterior. La forma en la que está estructurado el lugar se asemeja a la que se utilizaba al construir pueblos más antiguos, en forma de cuadrícula, con la plaza en el centro, y la iglesia tangente a la misma. Luego pasee por alrededor de la plaza, donde se encuentran una gran cantidad de locales de arte y de comida, desde pequeños restaurantes hasta otros más grandes con música en vivo, inclusive. Todo esto hace que el lugar venda una imagen de pueblo y te haga sentir como un pueblerino, como expresa el profesor Andrés Pérez, es decir, está todo tematizado para generar esta sensación, la cual es totalmente distinta a la de la ciudad o un centro comercial. Este tipo de lugares no son visitados usualmente por la gente que se atiene a la rutina de salir de la casa, trabajar y volver. Debemos escapar de esta rutina de vez en cuando y vivir la ciudad, transitarla y disfrutarla como ciudadanos.

La experiencia del ciudadano es la que le permite al individuo generar un imaginario urbano propio, le permite crear su propia percepción de la ciudad. En este caso, por ejemplo, todos los olores, los colores, la fachada y el ambiente pueblerino del lugar representan distintas cosas para cada individuo, y le permiten a cada uno tener una percepción distinta de su ciudad. En cambio, la persona que se abstiene de este tipo de actividades no puede crearse una visión propia de la ciudad más allá del recuerdo de algún lugar extraño por el que pasó con el carro, o la típica crítica de la situación de una ciudad que es desconocida para él.

Durante mi experiencia en el pueblo de El Hatillo también conocí el **Centro Artesanal Hannsi**, lugar muy frecuentado por los turistas que vienen al pueblo. Un enorme lugar en donde venden artesanías de todo tipo, desde figuritas de cerámica hasta



estatuas, un lugar perfecto para adentrarnos más en un aspecto fundamental de la vida del ciudadano, la cultura. Conocer nuestra ciudad también implica disfrutar de los centros y actos culturales que en ella se realizan, y este establecimiento comercial permite esto: identificarnos más con nuestra propia cultura y disfrutarla en un ámbito urbano. Adicionalmente, el interior del lugar tiene esa misma imagen de pueblo, pacífica y colorida que busca vender esta zona. Se trata de darnos la ilusión de que estamos en un verdadero pueblo aislados de la contaminación y el encierro de la vida cotidiana.

Encontré también durante mi experiencia en el pueblo una pared llena de grafitis, la cual parecía que la hubiesen puesto ahí justamente para ser grafitada (aunque seguramente no fue así). Pero de todas maneras me llamó la atención, tanto por su colorido como por lo extraño de su diseño, además del hecho de que era el único grafiti en el pueblo (el único que logre ver al menos) y que le agregaba aún más colorido al mismo. Este detalle, más allá de un signo de vandalismo, representa otra marca para el imaginario personal de cada ciudadano y una expresión de arte urbano.

El colorido de las casas y la música en vivo de algún restaurante del pueblo, junto

con el olor a comida y el ambiente pacífico, realmente nos hacen imaginar que estamos en un pueblecito de verdad. Con sus centros culturales y su fachada antigua, el pueblo de El Hatillo nos sirve como una burbuja de escape al ruido de la ciudad. Este tipo de lugares son los que debemos visitar para ser ciudadanos de Caracas, sitios que nos identifican y nos permiten crear una visión propia de la ciudad, más allá de la de una Caracas insegura y desorganizada, ruidosa y contaminada. Para poder describir la ciudad o criticarla, primero debemos vivirla, cosa que la mayoría de los caraqueños no hacen por estar siempre encerrados en el ciclo de la rutina. Cito a Paulo Coelho "Si piensas que la aventura es peligrosa, prueba la rutina. Es mortal". Efectivamente, el caraqueño que no sale de su monótona rutina no puede ser llamado caraqueño. La ciudad es más que oficinas, universidades y calles,



romper la rutina y aventurarnos resulta una experiencia favorable para nuestra vida como ciudadanos, quizá si nos alejáramos tanto del encierro y nos vinculáramos más con la ciudad podríamos estar más orgullosos de esta y tendríamos la esperanza de un mejor futuro.

La ciudad no es solamente un lugar que se habita por muchas personas, ella cobra una importancia simbólica para cada sujeto que se apropia de ella, que la siente suya: una mezcla de vivencias, recuerdos, añoranzas y sueños convierten a la ciudad en un factor medular para la vida de cada ciudadano. Caracas, la capital de Venezuela, principal centro político, administrativo y económico de la nación que, a pesar de haber impulsado a muchas personas del interior del país a dejar sus tierras por venir en busca de la prosperidad, no escapa de las desigualdades y discontinuidades a las que está expuesta el resto del territorio. Caracas se constituye en una ciudad de contrastes por excelencia, parece haber sido creada por los mismos que descubrieron la necesidad cuántica de que por cada partícula con carga positiva existente debe existir una respectiva partícula con carga negativa asociada.

Caracas en blanco y negro

Br. Mijail Szczerban

Tediosa y casi imposible tarea la de definir a esta ciudad, cualquier adjetivo sería tan válido como fuera de lugar; la



única característica omnipresente en ella es el contraste, la contraposición. Caracas puede ser tan hermosa como fea, puede seducirte con sus encantos, como puede también ahuyentarte con sus terrores. Por supuesto que todo esto es algo subjetivo,

cada cabeza es un mundo y cada individuo está sujeto a coyunturas que pueden ser poco menos que opuestas a la de su vecino, cada sector de Caracas muestra una realidad específica que no necesariamente es la de otro sector, cada individuo tiene intereses, problemas y motivaciones propias que hacen darle un sentido diferente a su concepción de ciudad.

Es muy interesante apreciar la relación que tiene Caracas con la naturaleza, una metrópolis en la cual se estima que hacen vida más de 6 millones de seres humanos y en la que es obligada la presencia de algún área verde, aunque sea un árbol que te brinde su sombra, en cualquier zona que visites, una ciudad en la cual los sonidos de pájaros y chicharras se hacen presentes y contrastan con el rugir de los vehículos (solo hace falta cerrar los ojos por unos segundos para percatarse de ello). Una ciudad inmersa en un valle, desarrollada en las faldas del Ávila, tiene en su ADN la naturaleza, una característica de la cual jamás podrá deslindarse, un contraste deslumbrante entre lo urbano y lo natural que hacen olvidarte de la alienante rutina urbana para acercarte, aunque sea por un instante, a ti mismo, a tus raíces.

En Caracas, como prácticamente en todas las metrópolis de la actualidad, existe una convergencia entre lo local, lo nacional y lo transnacional. Coexisten valores de los más diversos, vale la pena destacar que Caracas, además de haber acogido a personas de los más recónditos lugares del país, también se convirtió en hogar de gran cantidad de inmigrantes de las más diversas procedencias, desde Latinoamérica hasta de la Europa en la postguerra, tantas culturas coexistiendo han generado un enriquecimiento étnico y cultural magnífico. Los habitantes de la ciudad han demostrado ser también hartos consumidores de tecnología, superando la mayoría de los estándares latinoamericanos, sin embargo el factor limitante para el acceso a la tecnología, a mejoras en la calidad de vida y a una educación de calidad, es en gran medida el poder adquisitivo, evidentemente hay sectores que quedan rezagados, excluidos de esta dinámica.

Una de las diferencias más evidentes a simple vista es la existencia de distintos sectores o clases sociales, la brecha inmensa que hay entre sectores que pueden colindar, la marginalidad llevada a su máxima expresión, personas con carencia de lo más elemental frente al más desenfrenado despilfarro, gasto superfluo y exhibicionista. Evidentemente hay matices dentro de Caracas, pero esta reflexión va enfocada esencialmente hacia los contrastes y las grandes diferenciaciones que son una realidad ineludible dentro de esta ciudad, a pesar del esfuerzo sobrehumano de algunos por hacerse la vista gorda. Gobiernos van y gobiernos vienen pero las necesidades siguen allí, la herida sigue intacta y la situación no parece tener coto. Sin embargo, queda un espacio para especular y preguntarse cuál es la causa de este problema, teorías basadas en el provecho político que se le puede sacar a la necesidad humana existen, sin embargo, es muy difícil concebir que algo así pueda

ocurrir, los desequilibrios están claramente asociados a la política, por alguna razón no ha habido acciones certeras para atacar este problema.

La educación es un factor esencial que se debe tomar en cuenta, está asociado directamente con la igualdad de oportunidades, una persona formada buscará la manera de salir adelante. La redistribución de la riqueza es otro factor de capital importancia a la hora de pensar en una sociedad más justa, no se trata de regalarle nada a nadie, sino de dar las oportunidades y el apoyo necesario para que cada quien pueda surgir. Por más conocimientos, capacitación, buenas ideas y empeño en trabajar que tenga una persona, si no cuenta con los recursos iniciales necesarios no podrá avanzar. El mercado no tiene por qué desaparecer, de hecho puede jugar un papel interesante en la redistribución de recursos, lo que sí debe existir es un control efectivo por parte del Estado que corrija los desequilibrios y vele por el bien común de la sociedad, recordemos que esta es la función primaria del Estado.

El poblamiento de Caracas sin planificación ni controles ha sido una realidad desde hace mucho tiempo, quizás los últimos esfuerzos con resultados claros fueron hechos durante la dictadura de Pérez Jiménez, en los tiempos del llamado proceso

el problema radica en el caos de la ciudad, en el bullicio, el estrés, la contaminación y tantos elementos que bombardean al ciudadano en su día a día. La solución tiene que venir de la mano de la planificación urbana, aunado a los medios de transporte masivos eficientes que hagan superfluo el uso de automóviles particulares.

El transporte público es un elemento de vital importancia para una ciudad, todos los habitantes de ella deben trasladarse de una parte a otra, ya sea para ir a sus lugares de trabajo, hacer diligencias, actividades de esparcimiento, entre otras. Muchas veces las distancias que se deben recorrer son muy extensas y se debe recurrir a medios de transporte, surge el inconveniente de que es simplemente imposible, insostenible que todos los habitantes de la ciudad cuenten con un automóvil, en cuyo caso se debería pensar si la ciudad está hecha realmente para las personas o para los automóviles por toda la infraestructura que estos acarrearán. El desarrollo de la ciudad debe estar en consonancia con el desarrollo de un sistema público de transporte eficiente, a todos los niveles, es un factor que eleva sustancialmente el nivel de vida de los ciudadanos y su interacción con la ciudad, con otras personas, ya que el medio de transporte público también se constituye en un espacio público y su mejoramiento redundará en el



desarrollista, con construcciones de gran envergadura y en el cual la presencia de ranchos se había reducido a la mínima expresión. Luego de la caída del régimen pe-rejimenista, con el “plan de emergencia”, programas similares, la falta de empleo y servicios básicos en el interior de Venezuela, se incentivó la migración masiva de personas del campo hacia la ciudad, sin la más mínima planificación urbana y sin la presencia de programas dedicados a ayudar a la inserción laboral de estas, lo que trajo como consecuencia la marginación y la exclusión de grandes sectores. Sin embargo, el profesor Ignacio Cardona sostiene que ciertamente la ciudad de Caracas sufrió un gran aumento en su población luego del *boom* petrolero y que el desorden ha sido una constante en la ciudad. No obstante, sostiene que no es cierto que la población sea un problema *per se*, la cantidad de población no es tan grande considerando el área total de la ciudad, Cardona hace referencia a una frase muy común en los caraqueños en los días de asueto: “Que hermosa es la ciudad vacía”. Vale la pena preguntarse si ese “vacío” responde a la ausencia de personas o a la ausencia del congestionamiento, ruidos, etc. Me inclino por la segunda opción, una ciudad sin personas no tendría razón de ser, el hombre es un ser sociable por naturaleza. Entonces podemos inferir que

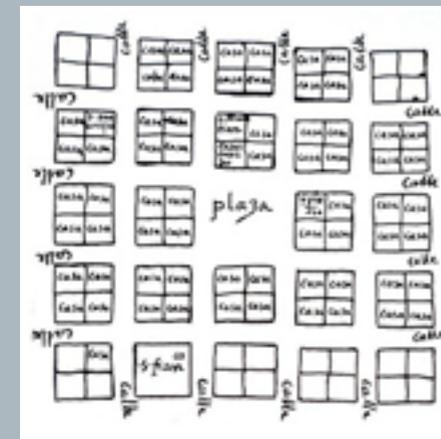
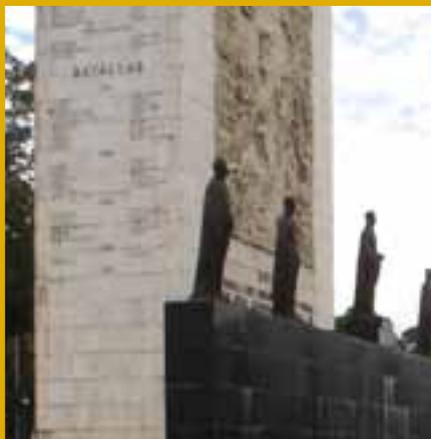


bienestar de los habitantes de Caracas. También hay que considerar que caminar o trasladarse en bicicleta no es un delito, la locomoción con tracción humana es la forma más económica y saludable de ir de un lugar a otro.

El contraste puede ser algo magnífico a la hora de apreciar un entorno porque permite estimar con mayor claridad la realidad, da un punto de comparación directo. Sin embargo, cuando hablamos que el contraste es creado por seres humanos que viven en la miseria y otros que viven en una vida de despilfarro desenfrenado debemos por lo menos hacernos la pregunta de si las cosas marchan bien. No hace falta ser muy letrado para comprender que las grandes diferencias entre las distintas clases sociales y la exclusión generan un caldo de cultivo para un desastre, una tensión, una pugna por obtener lo que el otro tiene, y un miedo por la posibilidad de que alguien atente contra lo que es de uno (dos caras de la misma moneda)

Ante esta realidad podemos tomar el camino fácil y cerrar los ojos, destacar “lo bonito” de la ciudad para que sea lo único de lo que nuestra visión se percate, o dar un paso al frente e intentar comprender dicha realidad, enfrentarla, aunque quizás sea imposible cambiarla. Siempre el primer paso para resolver un problema es aceptar su existencia. Las grandes diferenciaciones son un problema que la ciudad viene arrastrando desde hace muchas décadas, nuestra generación no es la culpable de estos males, pero sí es responsable de luchar porque esta realidad cambie. Más allá del mundo de las percepciones, la cruda realidad es esa, probablemente no sea una

El centro de Caracas es un espacio que recuerda su fundación, las rebeliones y revueltas populares, es decir, aquellos eventos históricos que le proporcionaron una personalidad con rasgos definidos. La plaza del centro de la ciudad ha cambiado con el paso de los siglos, ha sufrido incontables remodelaciones y reestructuraciones hasta la fecha. En su tiempo servía de mercado, de teatro, de rodeo, de plaza de coleo, etc. Servía además como salón de reuniones de la sociedad colonial, como lugar de ahorcamiento de herejes y rebeldes. Atacada e invadida en su tiempo por franceses e ingleses por igual.



excepción dentro de las grandes metrópolis del mundo, pero aun siendo así nosotros no debemos seguir modelos por simple inercia, debemos hacer uso de nuestra capacidad crítica, de nuestra esencia ciudadana y política para acabar con las injusticias.

Para concluir, es importante resaltar que la modernidad ha traído grandes avances que se traducen en mejoras sustanciales en el nivel de vida de los ciudadanos, no se trata de satanizar estos avances, pero sí de cuestionarnos frente a la realidad que se evidencia en toda la ciudad, esas discontinuidades sociales y la exclusión de grandes sectores a la dinámica de desarrollo son inaceptables si nos proponemos construir una sociedad justa y en la cual prevalezca el interés común. Por otro lado, dejando a un lado la temática social, los contrastes que caracterizan a la ciudad de Caracas no son un problema, todo lo contrario, enriquecen a la metrópolis, una ciudad es justamente diversidad, convergencia de distintas concepciones, formas de pensar y estilos. Sí se puede construir una ciudad más armoniosa, más habitable, más humana, y precisamente uno de los rasgos más humanos es la diversidad y el antagonismo, pero siempre considerando la existencia del otro. La empatía es un gran compañero para formar un criterio.

La plaza Bolívar del centro de Caracas

Br. Oscar Laguna

Asentada en lo que actualmente se conoce como el Municipio Libertador, fue creada como principal asentamiento y centro del trazado cuadrícula que definía la ciudad. Rodeada a su tiempo de construcciones que iban y venían. Tiempos difíciles cuyo apogeo empezó con el gobierno de Antonio Guzmán Blanco, aunado a la merma y restricción del poder eclesiástico. Gobierno que intentó por todos los medios posibles, aunque siempre siguiendo un patrón, de preferencia francés, “modernizar” la ciudad, y en mayor medida el centro de la capital, buscando así una armonización de las edificaciones en los alrededores de las plazas públicas. Tiempos donde se dudaba si Caracas era una ciudad en constante demolición o construcción, una ciudad que no seguía un patrón definido.

Está actualmente rodeada por edificios y construcciones tan emblemáticas como la plaza misma, tales como la Catedral de Caracas, el Museo Sacro, el Palacio Arzobispal, el Palacio Municipal, la Capilla de Santa Rosa de Lima, la Casa Amarilla (la cual fue la residencia presidencial por mucho tiempo, actualmente funciona como sede de la Cancillería) y el edificio del Gobierno del Distrito Capital. Además de su cercanía al Palacio Legislativo de la nación y al Palacio de las Academias (antiguo vicerrectorado de la máxima casa de estudios del país, la Universidad Central de Venezuela). Goza del privilegio de ser una de las pocas con una cercanía tan grande a la casa del Libertador, y al lugar donde reposaron los restos de este ilustre hombre por más de treinta años.

exposiciones y obras que renuevan paulatinamente, o simplemente el arte callejero, promulgado este por las diversas escuelas y agrupaciones callejeras que hacen vida en la ciudad. Quién sabe si hasta en un paseo por el lugar te encuentres a Juan Vicente Gómez y a Cipriano Castro rondando la plaza, y dispuestos a tomarse una foto para la historia contigo.

Lugar de convivencia de distintos grupos. Cita obligada para todos aquellos que quieren el dato del día para el “5 y 6 millonario” (carreras de caballos). Lugar de culto para los aficionados a la pelota, con sus características discusiones efervescentes y agresivas sobre, mayormente, datos irrelevantes para cualquier mortal que los oyera hablar, los cuales misteriosamente desaparecen de la plaza después de las cuatro



Es un lugar único en la capital, lugar de diversas caras y de cambio constante. Uno de esos pocos sitios del mundo que se adecúa a las necesidades de sus transeúntes. Cambia con tal facilidad que pareciera un acto de la naturaleza, como si el color de las plantas que la adornan, el pelaje de las ardillas que tienen su hogar allí, las sonrisas que transitan por ella y las diferentes personalidades que la recorren a diario, cambiaran de color, intensidad, expresión y trajes, con el cambio de ángulo en que esta recibe los rayos de luz con que el sol la adorna y le hace relucir.

Es un lugar adecuado para una cita, compromiso, reunión, con sus cafés aledaños y su fácil ubicación. Es, además, un lugar idóneo simplemente para diversión y esparcimiento. Lugar para el deleite cultural, ya sea formal, como el promulgado por el Ministerio de Cultura y el Teatro Principal, aledaño al lugar, con sus diversas

de la tarde, horario en el cual se da inicio a la jordana de la MLB; y más rápido aún si Johan Santana es el pitcher del día.

Sitio de paso obligado para una gran cantidad de trabajadores que confluyen en este emblemático lugar de la capital. Sitio de culto diario para aquellas personas que aún hoy en día añoran la efervescencia con que crecía y se comunicaba la ciudad en los 50's y 60's. Lugar preferencial para los nuevos padres de la sociedad, que desean un primer contacto de sus hijos con el ambiente de la ciudad. Parada obligada además para aquellos turistas que desean conocer la casa del Libertador, así como el primer sepulcro de este en la ciudad. O, simplemente, un lugar adecuado para flanear. Es también hogar de tolerancia total, sitio donde no cabe un ápice de remordimiento ni rencor de cualquier tipo. Portal mágico a otra dimensión, una en la

cual cualquier persona en esas cuatro cuerdas, y las alledañas, es igual a la otra, ya sea social, o étnicamente hablando. Es decir un sitio donde el color, edad, tipo de sangre y el nivel social de sus transeúntes es indistinto. Un lugar utópico, de esos que están extintos. Importante punto estratégico y político, donde las facciones de seguidores, unos más organizados que otros, se reparten y conviven en las diferentes esquinas de la plaza, como una suerte de cuadrilátero, en un aparente pacto de no agresión, como si estuvieran en el límite del paralelo 38 y donde las armas no son más que improperios. Por una esquina el sector oficialista y su famosa “esquina caliente”, un nombre casi patentado en nuestra ciudad, con su distintivo color rojo, en la cual la aglomeración de personas pueden ser contadas por docenas y cuya principal actividad no es más que la admiración a un televisor colocado en una mesa, para la posterior sintonización del “Canal de todos los venezolanos”; cualquiera

aire más informal a la plaza, aunque a costa de las plumas perdidas de una inmensa cantidad de palomas que pierden estas en su afán de evitar ser capturadas por aquel manojito de “manos inocentes” y de la latente preocupación de las ardillas por tener que descender más de lo normal de sus madrigueras, para lograr obtener una de las tantas raciones de comida que reciben al día; palomas estas, atraídas por los padres de los niños, sin más esfuerzo que el de dejar caer unas secas y refritas cotufas al suelo, adquiridas a uno de los tantos vendedores ambulantes de los alrededores de la plaza. Vendedores, por cierto, bastante oportunistas, cuya mercancía se adecúa a las necesidades de los transeúntes, como una especie de dependencia lineal.

A pesar de todo el caos que podría imaginar la mente de cualquiera que lea estas líneas con respecto al lugar citado, basta con mencionar unos detalles y facultades de aquel para que todo ese caos sea borrado inmediatamente de la mente del lector.



que simplemente les observe 15 minutos se pondría a reflexionar claramente si ellos imitan la personalidad de los zombies, o fue que los zombies se la robaron a estos, puesto que el único modo en que haya un leve movimiento o simplemente una vaga conversación entre algunos de los allí presentes, es necesario una pausa comercial. En la otra esquina, y representando a la carpa de “la alternativa”, encontramos gran cantidad de grupos con acaloradas discusiones cuyo principal uso semántico y lingüístico son las analogías entre el gobierno de turno y todos los anteriores, obviando totalmente el futuro de la nación; grupos, además, delimitados por los diferentes partidos políticos a los que están adscritos, los cuales parecieran turnarse a la hora exacta, como si existiera un reloj natural dentro de ellos que les anunciara que su tiempo ha finalizado y que es tiempo de otra de las tantas toldas políticas de la alternativa. No podría faltar la “muchachera” que con sus risas y alegrías le arreglan el día a cualquier desdichado que no se lo ha pasado muy bien últimamente, y le dan un

Es que además de todo aquello, aún existe sitio para la fantasía, la lírica, la poesía, el amor y pasión de las continuas parejas que no esconden, ni dejan amedrentar su amor por la cantidad de transeúntes que por diversas causas cruzan la plaza a distintas horas del día y la noche, y menos aún por la soberbia de los distintos grupos de toda índole que hacen vida en ella.

Otra característica, de esas que la hacen especial, es que ella no olvida. Todos los hechos que han acontecido en la nación parecieran ser registrados, además de en la Biblioteca y el Archivo Nacional, en este sitio. Por donde quiera que mires alrededor de esta, en cada esquina que la compone, una huella del pasado está latente, como si al mirar cada esquina, cada edificación que la rodea, pasara una leve imagen fantasmática y surreal de la construcción de Caracas; por esto no es raro ver que todos los cronistas de la ciudad empiecen o basen sus relatos e historias de la

ciudad desde las esquinas que rodean este lugar, tal como lo hizo Enrique Bernardo Nuñez en su libro *La ciudad de los techos rojos*. Una de esas esquinas, por cierto, es bastante especial, desde ella se puede ver la historia, inmensidad, colorido, e incluso la división social de la ciudad. Esta esquina es la ubicada en el punto de intersección de las avenidas Oeste 2 y Sur; la esquina de Las Gradillas. Todo aquel que se pare en dicha esquina, mirando hacia el sur, verá toda una jerarquización de la construcción en la ciudad. Empezando con un bulevar, cuyo tamaño es un poco reducido, seguido por edificaciones mercantiles y bursátiles, bastante modernas, para luego continuar con una gran cantidad de edificios residenciales y finalizar con un laberinto casi indescifrable de edificaciones populares, es decir, una “barriada” con su característico color marrón, aledaño al Cementerio General del Sur. Es por

Casa Natal del Libertador, entre otros. Pero, ¿quién de aquellos que se dice a sí mismo “caraqueño” tiene el valor de decir, o admitir, que aún no ha pasado por la plaza Simón Bolívar, aun cuando realmente no le venga a la cabeza siquiera la ubicación, o un vago recuerdo de esta?

La máxima representación del ser caraqueño no es la moderna arquitectura del Centro Comercial Milenium, ni las tiendas del Centro Comercial Tolón, aunque los medios audiovisuales se encarguen de afirmar que sí. Tampoco lo es la imponente estructura de Parque Cristal, menos aún el Aeropuerto Internacional de Maiquetía, aunque últimamente la moda sea salir del país mensualmente por allí. Ese sentimiento y pasión que produce todo lo anterior en los jóvenes, y a los no tan jóvenes, no debe llegar ni a la décima parte de lo que cualquier venezolano y, en especial,



esto, un excelente lugar para pasear, para recordar, para reencontrarse con el pasado y hasta, en algunos casos, para añorar y llorar lo que no se tuvo.

Por todo esto y por lo que se deduce a partir de ello, a cualquier persona del interior del país, o fuera del mismo, que lea este ensayo, le sería difícil creer que existan personas que, viviendo y perteneciendo a la ciudad de Caracas, aún no hayan siquiera pasado repentinamente por este, uno de los sitios más emblemáticos de la ciudad; por no decir el más emblemático, excusándome con el Parque el Calvario y la

cualquier caraqueño debería sentir al cruzar la Plaza Bolívar y ver la estatua ecuestre del Libertador erigida en el centro de la misma, la cual es la máxima representación del ser caraqueño. En efecto, no hablamos de otra más que de la Plaza Bolívar del centro, que debe su nombre al “Máximo hombre que ha nacido de las entrañas de esta infeliz tierra...”. Como diría José Bernardo Viso al referirse en uno de sus innumerables textos a Simón Bolívar, el Libertador.

Sujetos en Caracas

Profa. María del Carmen Porras pág 2
 Coordinadora del Ciclo Básico

Caracas, ciudad (inter)subjetiva

Prof. Andrés Pérez Sepúlveda pág 4
 Dpto. Lengua y Literatura

El Universo de Caracas

Br. Alexander Suárez pág 6

La ciudad de los techos rojos

Br. Carla Delgado pág 9

Una herramienta para el progreso

Br. Daniela Hernández pág 11

Crónica de la Libertador

Br. Diego Mejía pág 13

Mi ciudad no es igual que la tuya

Br. Edgar Silva pág 15

El mercado de Quinta Crespo y la modernidad caraqueña

Br. Giovanni Núñez pág 18

Encontrarse en la Ciudad

Br. Humberto I. Itriago B. pág 22

Una visita al pueblo de El Hatillo

Br. Jorge Marcano pág 25

Caracas en blanco y negro

Br. Mijail Szczerban pág 28

La plaza Bolívar del centro de Caracas

Br. Oscar Laguna pág 33



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR | Rector **Profesor Enrique Planchart** | Vicerrector Académico **Profesor Rafael Escalona** |
 Vicerrector Administrativo **Profesor William Colmenares** | Secretario **Profesor Cristian Puig**

DECANATO DE ESTUDIOS GENERALES | Decano Profesor **Rubén Darío Jaimes** | Coordinadores del Ciclo Profesional
Profesora Hécmey García, Profesora Otilia Rosas | Coordinadores del Ciclo Básico **Profesora María del Carmen Porras,**
Profesora Claudia Antonini | Coordinadora de Formación General **Profesora Sergia Cadenas** | Coordinadora del CIU
Profesora Aurora Olivieri

UNIVERSALIA Revista de Estudios Generales | N°36 Enero-marzo 2013 | Depósito legal pp199002CS968 | ISSN 1317-5343 |
 Director **Rubén Darío Jaimes** | Coordinadora editorial **Lic. Ingrid Salazar Romero** | Diseño gráfico **Luis Müller** |
 Impresión **Unidad de producción de impresos, USB** | Edición **1.000 ejemplares**

Decanato de Estudios Generales | MEM, 1er piso. Valle de Sartenejas | Apart. postal 89000 | Telf. 906.3912 Fax 906.3927 |